PEDRO I DE CASTILLA: ¿JUSTICIERO O CRUEL?

Fernando Ruiz González

Para acercarnos, en lo posible, a la persona, ideas políticas y pensamiento-acción de un personaje histórico como lo fue Pedro I de Castilla, debemos intentar situarnos en su momento histórico que le tocó vivir, especialmente a nivel mundial con la Guerra de los 100 Años (que tendrá su influencia con la aparición en Hispania en la Edad Media del fenómeno de los Mercenarios que decidiría el destino y muerte de Pedro I); y a nivel interno o nacional durante los siglos XIV y XV, se arrastra en Castilla el gran drama de la lucha muy violenta entre monarquía y nobleza. Algo más de cómo nos lo presenta el cine y la literatura (meras luchas de ambición y poder), incluso más que de mera lucha entre poderes antagónicos, sino que se dilucida en ella la posible estructuración futura del reino. Todo lo cual da un enorme interés a los acontecimientos, sangrientos y complejos, del Reinado de Pedro I de Castilla.

Pero su contexto vital más inmediato y que más le influyó fue la invasión de los fundamentalistas Benimerines (Marinerís) y el estado de pánico y pesimismo que despertaron en toda Hispania y que le toó vivir como príncipe heredero en su adolescencia y juventud. Al intentar parar la marea mariní en 1340, Alfonso XI, padre de Pedro I, asaltó en una emboscada el campamento de Abu Malik, hijo del Sultán mariní Abu-I-Hadan, a orillas del río Barbate, al que infligió una tremenda derrota que produjo la muerte del príncipe benimerí. Al conocer la derrota, Abu-I-Hasan, exasperado, armó una gran escuadra de más de 100 naves y presentó batalla, muy cerca de Tarifa, a la marina castellana dirigida por el almirante Jofre Tenorio, a quien derrotó e hizo prisionero. Esta derrota naval fue el anticipo de la cruel batalla llamada del Salado por los cristiano y de Tarifa por los musulmanes. Haciendo una media entre las crónicas cristianas y musulmanas podemos apreciar que unos sesenta mil africanos pasaron el Estrecho en 140 naves, desembarcando en Algeciras en agosto de 1340 y sitiaron Tarifa, con la colaboración y participación de un ejército del rey de Granada Yusuf I. Los cristianos de toda la Península Ibérica acudieron a bloquear el Estrecho con sus naves, para impedir el aprovisionamiento del enorme ejército musulmán.

Los dos ejércitos se enfrentaron en el río Salado, el 30 de octubre de 1340, y los cristianos de todos los rincones de la Península Ibérica, acaudillados pos Alfonso XI, lucharon con tanto denuedo y tesón (como si les fuera el todo en ello) que la derrota de los benimerines y nazarís fue total (tras una encarnizada batalla), si bien Abu-I- Hasan y Yusuf pudieron salvar sus vidas. En el campo de batalla, además de miles y miles de muertos, heridos y prisioneros, los cristianos recogieron un enorme botín de todo tipo, especialmente oro y plata, según las crónicas cristianas el río Salado bajó rojo durante muchos días, en las crónicas musulmanas hay que buscar con lupa para encontrar alguna referencia a esta batalla. Esta última gran batalla de la Reconquista Española eliminó el peligro de nuevas invasiones norteafricanas y reafirmó la sumisión del reino nazarí. Además supuso la decadencia y posterior desaparición del imperio fundamentalista Benimerí.

Desde la Psicología Evolutiva se afirma que Pedro I de Castilla (1334-1369), llamado el Justiciero o el Cruel (dependiendo de la óptica o intereses de sus biógrafos); nacido en Burgos y muerto en Montiel. Hijo de Alfonso XI y de María de Portugal, su infancia fue solitaria y triste, envenenada por los celos y despechos de su madre contra la favorita de su padre doña Leonor de Guzmán, formó el sombrío, desconfiado y disoluto carácter que hizo de él una persona rencorosa y violenta. Reinó de 1350 a 1369, y ya en 1351 empezó sus tremendas represiones en Burgos,

sublevada por negarse a pagar un impuesto no autorizado por las Cortes, cosa muy habitual, y como ejemplo contrario lo ocurrido en Zamora por la subida del 2 por ciento del impuesto del pescado que provocó un motín (en las leyendas conocido como el motín de la trucha) del pueblo zamorano que acabó con el Corregidor y Regidores de Zamora asesinados, y que el rey no se atrevió a castigar limitándose a que el Obispo pusiera unas Censuras Eclesiásticas a los responsables por quemar un Templo.

En 1353 casó con Blanca de Borbón, pero pronto mostró desdén y abandono por ella, que además de la ofensa a los franceses, fue motivo para la propaganda adversa para presentarlo como degenerado y frívolo, incapaz de cumplir con sus obligaciones familiares. Esta actitud familiar pudo ser debido a que estaba enamorado de Doña María Padilla, incluso podía haberse casado con ella en secreto.

Estatua orante de Pedro I de Castilla
Museo Arqueológico Nacional

En la lucha entre afianzamiento de la autoridad monárquica y el crecimiento en el poder de los grandes clanes nobiliarios (nobleza alta y ligas nobiliarias), Pedro por sus opciones políticas e inclinaciones de su carácter, quiso adelantarse casi dos siglos a los estados modernos y al poder absoluto de los monarcas, de ahí su lucha incesante por afianzar la autoridad del rey y su tendencia a centralizar la administración y justicia del estado (que en su tiempo se entendió como tiranía y pretensión al poder absoluto). Lo cual chocó con las convicciones políticas al uso y dominantes, política contractual y páctista. La gran cantidad de hijos bastardos de Alfonso XI (sólo los 9 reconocidos hijos de Leonor de Guzmán y elevados a la más alta nobleza y cargos del Reino) suponían por su gran poder un gran peligro para Pedro y el Reino. La tragedia y fin del Rey Pedro, contradice de forma rotunda la mala prensa y negatividad que en la literatura y en el cine tienen los bastardos, y que en la realidad uno de ellos (Enrique Trastámara) es capaz de ganar una dura guerra e instaurar una nueva dinastía.

La Guerra Civil en su primera fase se desarrolla en torno a Toro y su prolongación en Urueña y Castronuño. Es una guerra típica y tradicional pero con una gran carga política e ideológica. La nobleza trata de imponer a la monarquía su prevalencia y un sistema político de tipo contractual en que la monarquía quede reducida al mínimo de autoridad y casi todo el poder queda en manos de la nobleza, incluidos los principales cargos del reino. Pedro I se enfrenta a un amplio frente formado por su antiguo valido, Alfonso de Alburquerque, buena parte de la nobleza y los bastardos e incluso la corona francesa, molesta por el repudio de Pedro I a su joven esposa Blanca de Borbón. La guerra se realiza mediante pequeñas escaramuzas, sitios y un ir y venir de uniones, desuniones, indecisiones, decepciones, abandono y traiciones. La monarquía empieza a retroceder y

Pedro I cada vez más abandonado se empieza a sentir sólo, y así se llega a las Vistas de Tejadillo (Despoblado a medio camino en el camino entre Toro y Morales de Toro). Los representantes del Rey dieron muestras de desorientación y desánimo. Como era costumbre los representantes de la Liga de Nobles comenzó por exigir la destitución de los principales Consejeros y Cargos del Rey, que lógicamente eran sus hombres de máxima confianza (Juan Fernández de Hinestrosa y Juan García de Villajera). En fin, los nobles prácticamente pedían el Gobierno de Castilla, el rey estaba dispuesto a perdonar su rebelión pero no a entregarles el gobierno.

No hubo forma de que los nobles aceptaran que el monarca tuviera derecho a elegir libremente a sus privados en quienes descansaban las funciones de la autoridad del Rey. En términos concretos y prácticos los nobles desde el prisma doctrinal impusieron que cuatro caballeros, dos de cada bando, se erigiesen en árbitros para determinar el futuro gobierno de la monarquía.

En estas Vistas, monarquía y nobleza, mostraron sus principios ideológicos con absoluta claridad. El programa monárquico era de centralidad y consistía en hacer realidad la frase "poderío real absoluto", que se incluye con frecuencia en los documentos. La nobleza no quería destruir la corona, sino integrarla en una estructura política conjunta basada en el respeto a los privilegios (este concepto no era peyorativo como en la actualidad), la única forma de libertad concebible en una mente medieval. Se trataba de privilegios de carácter jurídicos puesto que se les había dado forma de derecho; de ahí el entusiasmo de las ciudades, especialmente de aquellas que habían alcanzado un gran desarrollo económico y consecuentemente político, como Toro o Burgos. Es natural y lógico que Pedro I y los suyos se resistieran tenazmente al arbitraje; pero su única esperanza consistía en dividir a los rebeldes y, de momento, los intentos en este sentido fracasaron ante la conciencia unitaria de los nobles. Con aire desafiante desfilaron en orden de batallas con todas sus tropas ante las murallas de Toro, camino de Zamora, a la vista del Rey.

La necesidad carnal hizo que Pedro I abandonara Toro para reunirse con su amante en Urueña. Cometiendo el terrible error de dejar en Toro a todas las mujeres de su familia que entregaron Toro a los rebeldes, teniendo en cuenta que en aquel momento Toro era la fortaleza y ciudad más importante del Reino y que allí estaban las mejores tropas reales, la suerte del Rey estaba echada. Nunca la nobleza castellana se había mostrado tan unánime, y no iban a ahorrar ninguna humillación al Rey. De momento, mientras los miembros del Consejo Real eran cargados de cadenas y recluidos en el Alcázar, Pedro I fue recluido bajo estrecha vigilancia en el Convento de Santo Domingo. La negativa del monarca a firmar y estampar su sello en las decisiones que iban tomando los nobles endureció la situación del Rey que acabó con sus huesos en las mazmorras del Alcázar donde tendrán lugar las más crueles humillaciones que sufrió Pedro I. En las crónicas contemporáneas no consta lo que posteriormente se afirmó de que llegaron a obligar al Rey a comerse sus propios heces. Lo cierto es que el monarca fingió ceder y sus condiciones se suavizaron tanto que con la excusa de la caza y, a toda prisa, ganó el camino de Segovia y huyó.

Como suele ocurrir, el reparto del poder, produjo la división y ruptura entre los nobles. Pedro I recuperó en poco tiempo el poder y volvió a la lucha, pero ahora con un rencor y odio hacia los que le habían ofendido, Con la colaboración de las milicias concejiles infligió varias derrotas a los rebeldes, recuperó Toledo y puso sitio a Toro. En la recuperación de Valladolid y Medina del Campo se cometieron matanzas horribles y entre las víctimas se encontró el Adelantado Mayor de Castilla, Pedro Ruiz de Villegas. De refuerzo llegaron tropas de Granada que participaron con gran entusiasmo en el saqueo y matanzas de las Aljamas Judías. En este contexto y, con el motivo del

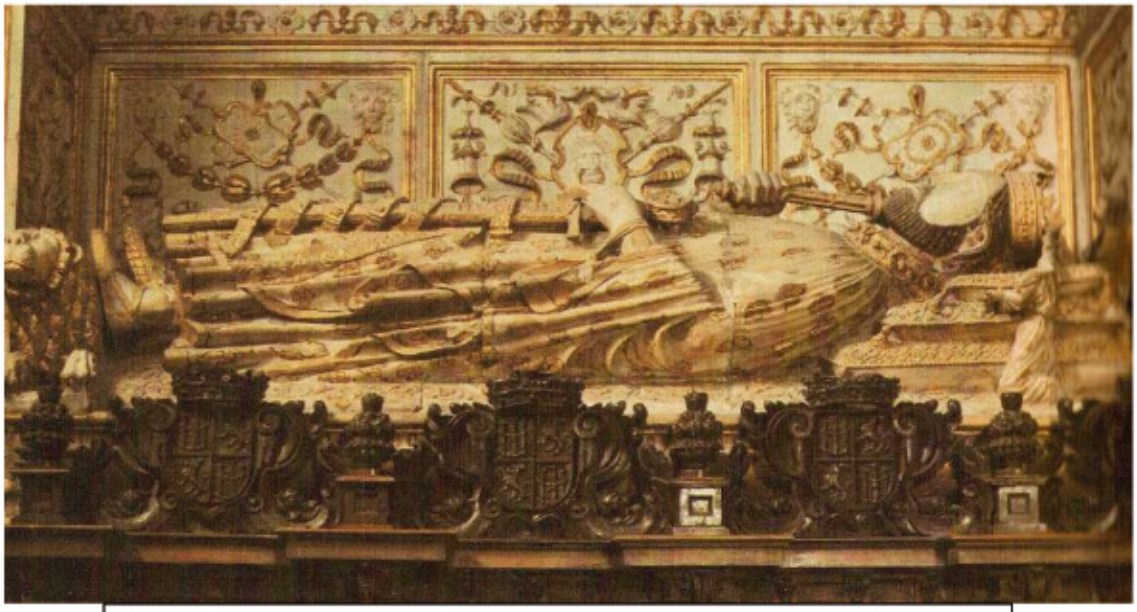
trato dado a Blanca de Borbón, Pedro I fue formalmente y púbicamente excomulgado. Aun así, Pedro I recibió numerosas protestas de sumisión. Con tales adhesiones fue fortaleciendo su ejército que fue tomando ciudades y fortalezas una a una hasta que se sintió tan fuerte que puso sitio a Toro, donde los rebeldes habían reunido todas sus tropas. Pero el cerco de Toro se alargó y mientras se aprovechaba para tomar Rueda y Valderas, el Conde de Trastámara, el bastardo Enrique consiguió escapar de Toro. Pedro I dudó entre continuar personalmente el asedio o marchar en persecución del bastardo, en quien veía su más encarnizado rival. Decidió quedarse e hizo posible así que Enrique de Trastámara, convertido cada vez más en jefe idóneo para la nobleza, acabara canalizando todo el sentimiento de oposición al monarca.

Poco después cae Toro y la guerra civil queda prácticamente liquidada. Pero la paz (en sentido estricto) no fue posible por la política de represalias de Pedro I: destituciones, exilio, prisión y ejecución de muchos regidores de ciudades y nobles en general. Por si fuera poco, Pedro I se enredó en un conflicto armado con Pedro IV de Aragón (la "guerra de los dos Pedros") , que se inicia en 1356. En principio el motivo fue el anhelo de Pedro I de recuperar para Castilla el territorio y ciudad de Alicante y conseguir una amplia salida al Mediterráneo por Valencia. Entre los acontecimientos, hay que destacar el ataque marítimo a Barcelona (1359) , que fracasó pero que constató el interés y la potencia naval de Castilla. En 1360 se consiguió el éxito de rechazar una invasión de Castilla llevada a cabo por un ejército liderado por los bastardos. Pedro I impuso en 1361 la paz de Terrer. En 1362, Pedro I consigue una alianza con Inglaterra y animado reanuda la ofensiva contra Aragón y los bastardos que le llevan en 1365 a la victoria y a conquistar la importante plaza de Murvidreo y a la paz y tratado de Murvidreo (que prácticamente dejaron las cosas como estaban), ya que Pedro I se ve complicado con la reanudación con inusitada fuerza de la Guerra Civil en Castilla.

En 1363, en Aragón había sido secretamente proclamado rey de Castilla Enrique de Trastámara. En 1366, Enrique penetró en Castilla, auxiliado por las Compañías Blancas de mercenarios (así eran conocidos los primeros mercenarios que aparecieron en la Edad Media) franceses e ingleses dirigidos por Beltrán Du Guesclin, y era proclamado rey de Castilla en Burgos. Pedro I consiguió que los ingleses se implicaran en la guerra con la presencia y acción de Eduardo, príncipe de Gales (el "Príncipe Negro"). Esta participación permitió a Pedro I recuperar el trono tras la importante victoria de Nàjera (1367) donde los arqueros ingleses vencieron a las Compañías Blancas y a la nobleza Trastámara. Pero la situación se deterioró, especialmente por el incumplimiento de los acuerdos y la ruptura de la amistad con los ingleses. Se trajeron nuevas compañías blancas y Enrique tomó la iniciativa y ocupó buena parte del territorio castellano. Pedro I cayó prisionero y fue asesinado por su hermanastro Enrique en Montiel en marzo de 1369. Y en Castilla se implantó una nueva dinastía, la Trastámara, que reinaría durante 150 años hasta ser sustituida por la dinastía Habsburgo.

Consciente de que la ciencia Psicológica, está mínimamente presente en la historiografía, conviene que intentemos un acercamiento al carácter y personalidad de Pedro I. La enorme cantidad de propaganda trastámara que reflejan las crónicas y otras fuentes documentales (muy negativas y sombrías para Pedro I) complican este intento. Llama la atención la doble vertiente de tradiciones que la acción de Pedro I ha propiciado: en las de origen nobiliario y cortesano se recargan las tintas más sombrías, en cambio en las de carácter popular, especialmente los romances, se le proclama en admirable aplicador de estrictas justicias. Es indiscutible el carácter violento y apasionado que Pedro I llevó al ejercicio del poder real a los extremos límites del personalismo. Sus actos, muchas veces, carecen de la más mínima lógica. El intento médico, psiquiátrico y

antropológico de Francisco Simón Nieto, por una parte y Paradas y Santín por otra, emitidos sobre el examen de su cráneo, pueden ser una gran fuente: según ellos, Pedro I habría sido un psicópata con manía persecutoria.



Sepulcro de Enrique II en la capilla de los Reyes Nuevos de la catedral de Toledo

Lo que más tinta ha gastado ha sido, sin duda, el relato de la muerte de Pedro I. Entre las muchas referencias de dicho suceso vamos a saborear la que nos legó el Cronista Pero López de Ayala:

"Y luego que allí llegó el rey don Pedro, y la detuvieron en la posada de mosén Beltrán (Bertrand du Guesclin), como dicho habemos, súpolo el rey don Enrique, que estaba ya apercibido y armado de todas sus armas, y el bacinete en la cabeza, esperando este hecho. Y vino allí armado, y entró en la posada de mosén Beltrán. Y así como llegó el el rey don Enrique, trabó del rey don Pedro. Y él no le conocía, pues había gran tiempo que no le había visto. Y dicen que le dijo un caballero de los de mosén Beltrán: Catad que éste es vuestro enemigo. Y el rey don Enrique aún dudaba si era él. Y dicen que dijo el rey don Pedro dos veces: «Yo soy, yo soy». Y entonces el rey don Enrique conocióle, e hirióle con una daga por la cara. Y dicen que ambos a dos, el rey don Pedro y el rey don Enrique cayeron en tierra, y el rey don Enrique le hirió estando en tierra de otras heridas. Y allí murió el rey don Pedro a veinte y tres días de marzo de este dicho año (1369). Y luego hecho un gran ruido por el real, una vez diciendo que era ido el rey don Pedro del castillo de Montiel, y luego otra vez en como era muerto".

Sobre el apelativo de Justiciero o Cruel, propongo a los posibles lectores mediante su capacidad de análisis que elijan su opción, esperando que este pequeño trabajo sirva de ayuda y estímulo para el mejor discernimiento posible.

CONCLUSIONES

- La singular personalidad de Pedro I, hizo que en situaciones difíciles respondiera con acciones políticas poco razonables y con explosiones coléricas y vengativas que degeneraron su carácter.

- En la dura lucha, muchas veces convertida en guerra civil, de dos concepciones políticas irreconciliables, de gobierno contractual, pactista, prevalencia de las cortes, o de gobierno personal del monarca, centralista y prevalencia de la autoridad del rey (dilema que sólo se superaría con los Reyes Católicos), y que de momento venció la opción contractual (las famosas donaciones enriqueñas).

- La aparición en Castilla de las compañías blancas desequilibró la guerra en favor del Bastardo, ya que la hueste real, nobiliaria y las milicias concejiles no podían enfrentarse con esos guerreros profesionales y su forma de combatir; solo los arqueros ingleses fueron capaces de derrotarlos en Nájera, pero retirados los ingleses, la suerte de Pedro I estaba echada.

Como el historiador y la historiografía no pueden caer en la tentación del juicio moral y, mucho menos, en opciones subjetivas, en cuanto a la cuestión de los apelativos con que habitualmente se califica a Pedro I de Castilla, me limito a exponer una serie de certezas y criterios que puedan servir de orientación sobre tal cuestión.